# EL REGRESO DE SHERLOCK HOLMES

## *La Aventura de lose seis Napoleones*

*Sir Arthur Conan Doyle*



*Digitalizado por* LIBROdot.com
http://www.librodot.com

No tenía nada de raro que el señor Lestrade, de Scotland Yard, pasara a visitarnos por las tardes, y sus visitas eran muy bien acogidas por Sherlock Holmes, porque le permitían mantenerse al día de lo que sucedía en la dirección de la policía. A cambio de las noticias que Lestrade traía, Holmes se mostraba siempre dispuesto a escuchar con atención los detalles del caso en el que estuviera trabajando el inspector, y de cuando en cuando, sin intervenir de manera activa, le proporcionaba algún consejo o sugerencia, sacados de su vasto arsenal de conocimientos y experiencia.

Aquella tarde en concreto, Lestrade había estado hablando del tiempo y de los periódicos, y después se había quedado callado, chupando pensativo su cigarro. Sherlock Holmes le miró - con interés.

-¿Tiene algo especial entre manos? -preguntó.

-Oh, no, señor Holmes, nada de particular.

-Está bien, cuéntemelo todo.

Lestrade se echó a reír.

-De acuerdo, señor Holmes, no puedo negar que hay algo que me tiene preocupado. Y sin embargo, se trata de un asunto tan absurdo que no me decidía a molestarle con ello. Por otra parte, si bien es un asunto trivial, no cabe duda de que es raro, y ya sé que a usted le gusta todo lo que se sale de lo corriente. Aunque, en mi opinión_, cae más en el campo del doctor Watson que en el suyo.

-¿Una enfermedad? -pregunté yo.

-Locura, más bien. Y una locura bastante extraña. ¿Se imaginan que exista a estas alturas una persona que sienta tanto odio por Napoleón que se dedique a romper todas las imágenes suyas que encuentra?

Holmes volvió a recostarse en su asiento.

-No es asunto para mí --dijo.

-Exacto. Eso decía yo. Sin embargo, cuando este hombre asalta casas para poder romper imágenes que no le pertenecen,
la cosa escapa de la jurisdicción del médico para entrar en la del policía.

Holmes se enderezó de nuevo.

-¡Asaltos! Eso es más interesante. Cuénteme los detalles.

Lestrade sacó su cuaderno de notas reglamentario y refrescó la memoria consultando sus páginas.

-El primer caso denunciado tuvo lugar hace cuatro días -dijo-. Ocurrió en la tienda de Morse Hudson, un establecimiento de Kennington Road dedicado a la venta de cuadros y esculturas. El dependiente había pasado un momento a la trastienda cuando oyó un ruido de rotura. Acudió corriendo y encontró, hecho pedazos en el suelo, un busto de escayola de Napoleón que había estado expuesto en el mostrador junto con otras obras de arte. Salió corriendo a la calle, pero, a pesar de que varios transeúntes declararon haber visto a un hombre salir con prisas de la tienda, no pudo localizarlo ni identificarlo. Parecía uno de esos actos de vandalismo gratuito que ocurren de cuando en cuando, y así lo hizo constar el policía de servicio en su informe. La escayola no valía más que unos chelines, y la cosa parecía demasiado infantil como para investigarla.

»Sin embargo, el segundo caso fue más grave, y también más extraño. Ocurrió anoche mismo.

»En la misma Kennington Road, a unos cientos de metros de la tienda de Morse Hudson, vive un médico muy conocido, el doctor Barnicot, que tiene una de las clientelas más numerosas al sur del Támesis. Su residencia y consultorio principal están en Kennington Road, pero tiene también un quirófano y dispensario en Lower Brixton Road, a dos millas de distancia. Resulta que este doctor Barnicot es un ferviente admirador de Napoleón, y tiene la casa llena de libros, retratos y reliquias del emperador. Hace poco tiempo, compró a Morse Hudson dos reproducciones en escayola de la famosa cabeza de Napoleón esculpida por el francés Devine.

Colocó una en el vestíbulo de su casa de Kennington Road y la otra en la repisa de la chimenea del quirófano de Lower Brixton. Pues bien, cuando el doctor Barnicot se levantó esta mañana se quedó estupefacto al descubrir que su casa había sido asaltada por la noche, pero que no se habían llevado nada más que la cabeza de Napoleón del recibidor. La habían sacado al jardín y la habían estrellado contra la pared, al pie de la cual encontramos sus fragmentos.

Holmes se frotó las manos.

-Esto sí que es una novedad -dijo.

-Ya supuse que le gustaría el asunto. Pero aún no hemos terminado. El doctor Barnicot tenía que estar en su quirófano a las doce, y puede usted imaginarse su asombro al descubrir que alguien había abierto una ventana durante la noche y encontrar los pedazos de su segundo busto esparcidos por toda la habitación. Lo habían reducido a átomos allí mismo. En ninguno de los dos casos encontramos huellas que pudieran darnos alguna pista sobre el delincuente, o lunático, autor del desaguisado. Y éstos son los hechos, señor Holmes.

-Son curiosos, por no decir grotescos -dijo Holmes-. ¿Puedo preguntarle si los dos bustos destrozados en las dependencias del doctor Barnicot eran idénticos al destruido en la tienda de Morse Hudson`

-Todos salieron del mismo molde.

-Este dato contradice la teoría de que la persona que los rompe actúa impulsada por un odio genérico a Napoleón. Si consideramos los cientos de figuras del emperador que deben existir en Londres, es mucho suponer que un iconoclasta imparcial se tope, por pura casualidad, con tres ejemplares del mismo busto nada más empezar.

-Yo pensé lo mismo que usted -dijo Lestrade--. Pero, por otra parte, este Morse Hudson es el proveedor de bustos de esta zona de Londres, y ésos eran los únicos que había tenido en su tienda en varios años. De manera que, si bien es cierto, como usted dice, que existen en Londres cientos de figuras de Napoleón, es muy probable que estas tres fueran las únicas en todo el distrito. Así que un fanático del barrio empezaría por ellos. ¿Qué le parece a usted, doctor Watson?

-Las posibilidades de la monomanía no tienen límites -respondí-. Es lo que los psicólogos franceses modernos llaman «idée fixe»[1], que puede ser algo completamente trivial, acompañado por una normalidad absoluta en todos los demás aspectos. Un hombre que haya leído mucho sobre Napoleón, o cuya familia haya sufrido alguna desgracia hereditaria por culpa de la gran guerra, puede llegar a concebir una idée fixe de éstas, y bajo su influencia cometer toda clase de extravagancias.

-Eso no cuela, querido Watson -dijo Holmes, negando con la cabeza-. Ni con todas las «idées fixes» del mundo, su monomaníaco sería capaz de localizar el paradero de estos bustos. -¿Y cómo lo explica usted, entonces?

-No pretendo hacerlo. Me limito a hacer notar que existe un cierto método en las excéntricas actividades de este caballero. Por ejemplo, en el vestíbulo del doctor Barnicot, donde el ruido podría despertar a la familia, sacó el busto de la casa antes de romperlo; sin embargo, en el quirófano, donde había menos peligro de provocar una alarma, lo rompió en el mismo sitio donde estaba. El asunto parece ridículo v trivial, pero yo no me atrevería a calificar nada de trivial, teniendo en cuenta que algunos de mis casos más clásicos han tenido comienzos muy poco prometedores. Recuerde usted, Watson, que lo primero que supimos del espantoso caso de la familia Abernetty fue que el perejil se había hundido en la mantequilla un día de mucho calor. En consecuencia, no puedo permitirme sonreír ante sus tres bustos rotos, Lestrade, y le quedaría muy agradecido si me informa de cualquier novedad que se presente en esta curiosa cadena de acontecimientos.

Las novedades que pedía mi amigo llegaron mucho antes, v con un aspecto infinitamente más trágico, de lo que yo habría podido imaginar. A la mañana siguiente, cuando todavía estaba

[1] «Idea fija», «fijación». (En francés en el original.)

vistiéndome en mi habitación, Holmes llamó a mi puerta y entró con un telegrama en la mano. Lo leyó en voz alta.

*«Venga inmediatamente, 131 Pitt Street, Kensington.*
*-LESTRADE.»*

-¿Qué es lo que pasa? -pregunté.

-Ni idea. Puede ser cualquier cosa. Pero sospecho que se trata de la continuación de la historia de los bustos. En cuyo caso, nuestro amigo el iconoclasta ha comenzado a operar en otro barrio de Londres. Hay café en la mesa, Watson, y tengo un coche en la puerta.

Media hora después llegábamos a Pitt Street, un pequeño remanso de tranquilidad junto a una de las zonas más animadas de la vida londinense. El número 131 formaba parte de una hilera de casas todas iguales, todas de fachada lisa, respetables y nada románticas. Al acercarnos vimos una multitud de curiosos que se agolpaba contra la verja que había delante de la casa. Holmes soltó un silbido.

-¡Por San Jorge! ¡Se trata, por lo menos, de un intento de asesinato! Por menos de eso, un mensajero de Londres no se para a mirar. Ha habido un acto de violencia, como se deduce de los hombros caídos y el cuello estirado de aquel individuo. ¿Qué es eso, Watson? El escalón más alto está fregado y los demás están secos. Y hay pisadas por todas partes. Bueno, ahí tenemos a Lestrade en la ventana delantera, y pronto nos enteraremos de todo.

El inspector nos recibió con una cara muy seria y nos hizo pasar a una sala de estar, donde un hombre mayor, desgreñado y nerviosísimo, vestido con un batín de franela, daba zancadas de un lado a otro. Lestrade nos lo presentó como el propietario de la casa, señor Horace Harker, del Sindicato Central de Prensa.

-Es otra vez el asunto de los Napoleones -dijo Lestrade-. Anoche pareció usted interesado, señor Holmes, y pensé que tal vez le gustaría estar presente ahora que el caso ha tomado un giro mucho más grave.

-¿Qué giro ha tomado?

-El de asesinato. Señor Harker, ¿quiere usted explicar a estos caballeros exactamente lo que ha ocurrido?

El hombre del batín se volvió hacia nosotros con una expresión de profunda melancolía.

-Es algo extraordinario -dijo- que, habiéndome pasado la vida recogiendo noticias sobre otra gente, ahora que me cae encima una verdadera noticia me encuentro tan trastornado y tan fastidiado que no puedo ligar dos palabras seguidas. Si hubiera venido aquí como periodista, me habría entrevistado a mí mismo y habría colocado dos columnas en todos los periódicos de la tarde. En cambio, así estoy regalando un material valioso, contando la historia una y otra vez a toda una serie de personas diferentes, sin sacarle yo ningún provecho. No obstante, he oído hablar de usted, señor Holmes, y si consigue usted explicar este asunto tan raro me sentiré compensado por la molestia de tener que contarle la historia.

Holmes tomó asiento y escuchó.

-Todo parece centrarse en este busto de Napoleón que compré para esta misma habitación, hace unos cuatro meses. Lo conseguí barato en Harding Brothers, a dos puertas de la estación de High Street. Gran parte de mi trabajo periodístico lo hago de noche, y a veces me quedo escribiendo hasta altas horas de la madrugada. Eso es lo que hice hoy. Estaba en mi cuchitril, en la parte trasera del piso alto, a eso de las tres de la mañana, cuando tuve la seguridad de haber oído ruidos abajo. Me puse a escuchar, pero no se repitieron, y llegué a la conclusión de que habían venido del exterior. De pronto, unos cinco minutos más tarde, se oyó un grito espantoso, el sonido más horroroso que he oído en mi vida, señor Holmes. Me seguirá resonando en los oídos mientras viva. Me quedé helado de espanto uno o dos minutos, y luego cogí el atizador y bajé la escalera. Al entrar en esta habitación, encontré la ventana abierta de par en par,

y me fijé al instante en que el busto ya no estaba en la repisa. Que un ladrón se lleve una cosa así es algo que escapa a mi comprensión, ya que se trataba tan sólo de una copia de escayola sin ningún valor.

»Como usted mismo puede ver, el que salga por esa ventana abierta puede llegar al escalón de la puerta con sólo dar una zancada larga. Evidentemente, eso era lo que el ladrón había hecho, así que di la vuelta y fui a abrir la puerta. Al salir a la oscuridad, casi me caigo encima de un cadáver que había tendido allí. Retrocedí corriendo a buscar una luz y pude ver al pobre desgraciado, con un enorme tajo en el cuelo, en medio de un charco de sangre. Estaba tumbado de espaldas, con las rodillas dobladas y la boca horriblemente abierta. Estoy seguro de que se me aparecerá en sueños. Tuve el tiempo justo para tocar mi silbato de policía y después debí desmayarme, porque no recuerdo nada más hasta que vi al policía mirándome, de pie en el vestíbulo.

-Bien, ¿quién era el hombre asesinado? -preguntó Holmes.

-No tenemos nada que indique su identidad -respondió Lestrade-. Podrá usted ver el cadáver en el depósito, pero hasta ahora no hemos sacado nada en limpio. Es un hombre alto, tostado por el sol, muy fuerte y de treinta años como máximo. Estaba mal vestido, pero no parece un obrero. Junto a él, caída en el charco de sangre, una navaja con cachas de asta. No sabemos si se trata del arma del crimen o si pertenecía al difunto. Sus ropas no tienen ninguna marca, y en los bolsillos no llevaba nada más que una manzana, un trozo de cuerda, un plano de Londres de los que cuestan un chelín, y una fotografía. Aquí la tiene.

Se trataba, sin lugar a dudas, de una instantánea tomada con una cámara pequeña. En ella se veía a un hombre de aspecto despierto, rasgos pronunciados y simiescos, cejas tupidas y un curioso prognatismo en la parte inferior de la cara, que parecía el hocico de un babuino.

-¿Y qué ha sido del busto? -preguntó Holmes, tras estudiar atentamente la fotografía.

-Hemos tenido noticias de él un momento antes de que llegaran ustedes. Lo han encontrado en el jardín delantero de una casa deshabitada en Campden House Road. Estaba hecho pedazos. Ahora me disponía a ir a verlo.

-Desde luego. Pero antes tengo que echar un vistazo por aquí -examinó la alfombra y la ventana-. O se trataba de un hombre muy ágil o tenía las piernas muy largas. Teniendo debajo la entrada al sótano, no debió ser fácil llegar al antepecho de la ventana y abrirla. La salida resulta ya un poco más fácil. ¿Viene usted con nosotros a ver los restos de su busto, señor Harker?

El desconsolado periodista se había sentado ante un escritorio.

-Tengo que intentar sacar algún partido de esto -dijo-, aunque no me cabe duda de que las primeras ediciones de los periódicos de la tarde ya traerán todos los detalles. ¿Recuerdan ustedes cuando se hundió la tribuna en Doncaster? Pues yo era el único periodista que había en la tribuna y mi periódico fue el único que no sacó la noticia del suceso, porque yo estaba demasiado alterado para escribirla. Y ahora voy a llegar demasiado tarde con un asesinato cometido en la puerta de mi propia casa.

Al salir de la habitación oímos el rascar de su pluma sobre la cuartilla del papel.

El lugar donde habían aparecido los fragmentos del busto se encontraba a unos cientos de metros de distancia. Por primera vez, nuestros ojos se posaron en aquella representación del gran emperador que parecía despertar un odio tan frenético y destructivo en la mente del desconocido. Los pedazos estaban desparramados sobre la hierba. Holmes recogió unos cuantos y los examinó con mucha atención. Por su expresión concentrada v sus movimientos intencionados, tuve la convicción de que por fin había dado con una pista.

-¿Y bien? -preguntó Lestrade.

-Todavía nos queda mucho camino por andar -respondió Holmes-. Y sin embargo..., y sin embargo..., la verdad es que tenemos algunos datos muy sugerentes para empezar a actuar. Para este extraño criminal, la posesión de este insignificante busto tenía más valor que una vida humana. Este es el primer punto. Después, tenemos el hecho curioso de que no lo rompiera en la casa, ni a las puertas de la misma, si lo único que quería era romperlo.

-El encuentro con ese otro individuo debió alterarlo y ponerlo nervioso. Seguramente, no sabía lo que se hacía.

-Sí, eso es bastante probable. Pero me gustaría llamar su atención de manera muy especial hacia la situación de esta casa, en cuyo jardín se destrozó el busto.

Lestrade miró a su alrededor.

-La casa está desocupada, así que estaba seguro de que nadie le molestaría en el jardín.

-Sí, pero hay otra casa vacía más arriba, y tuvo que pasar delante de ella para llegar a esta otra. ¿Por qué no lo rompió allí, dado que es evidente que a cada metro que lo siguiera llevando aumentaba el riesgo de tropezarse con alguien?

-Me rindo -dijo Lestrade.

Holmes señaló la farola situada sobre nuestras cabezas.

-Aquí podía ver lo que hacía, pero allí no. Esa fue la razón.

-¡Por Júpiter, es verdad! -exclamó el inspector-. Ahora que lo pienso, el busto del doctor Barnicot lo rompieron cerca de una lámpara roja. Y bien, señor Holmes, ¿qué vamos a hacer con este dato?

-Recordarlo. Tenerlo en cuenta. Puede que más adelante demos con algo que encaje con él. ¿Qué medidas se propone tomar ahora, Lestrade?

-En mi opinión, la manera más práctica de abordar el asunto es identificar al muerto. No creo que nos resulte muy difícil. Cuando hayamos averiguado quién era y con quién se relacionaba, dispondremos de un buen punto de partida para averiguar qué estaba haciendo anoche en Pitt Street y quién se tropezó con él y lo mató a la puerta de la casa del señor Horace Harker. ¿No lo cree usted así?

-Sin duda alguna. Sin embargo, no es así, ni mucho menos, como yo abordaría el caso.

-¿Y qué es lo que haría usted?

-Oh, no deje usted que yo le influya en modo alguno. Propongo que usted actúe a su manera y yo a la mía. Más adelante podemos comparar notas, y los datos de cada uno complementarán los del otro.

-Muy bien -dijo Lestrade.

-Si vuelve usted a Pitt Street v ve al señor Horace Harker dígale de mi parte que va he sacado una conclusión y que no cabe duda de que anoche entró en su casa un peligroso maníaco homicida que se cree Napoleón. Eso le vendrá bien para su artículo.

Lestrade se le quedó mirando fijamente.

-¿No dirá en serio que se cree eso?

Holmes sonrió

-¿Que no? Bueno, tal vez no. Pero estoy seguro de que interesará al señor Harker y a los suscriptores del Sindicato Central
de Prensa. Y ahora, Watson, creo que tenemos por delante una jornada larga y bastante complicada. Me gustaría mucho, Lestrade, que pudiera usted pasarse por Baker Street a hacernos una visita a las seis de esta tarde. Hasta entonces, me gustaría conservar esta fotografía encontrada en el bolsillo de la víctima. Es posible que tenga que solicitar su compañía y su ayuda para una pequeña expedición que, si mi cadena de razonamientos resulta ser correcta, tendremos que emprender esta noche. Hasta entonces, adiós y buena suerte.

Sherlock Holmes y yo caminamos juntos hasta la High Street, y allí nos detuvimos ante la tienda de Harding Brothers, donde se había adquirido el busto. Un joven dependiente nos comunicó que el señor Harding estaría ausente hasta la tarde, y que él era nuevo y no podía darnos ninguna información. El rostro de Holmes dio señales de decepción y fastidio.

-Bueno, Watson, no podemos esperar que todo nos salga bien a la primera -dijo por fin-. Si el señor Harding no viene hasta la tarde, tendremos que volver por la tarde. Como ya habrá sospechado, estoy intentado seguir la pista de esos bustos hasta su fuente de origen, con el fin de averiguar si existe alguna particularidad que explique su curioso destino. Vayamos a la tienda de Morse Hudson en Kennington Road, y veamos si él puede arrojar algo de luz sobre el problema.

Tardamos una hora en coche en llegar al establecimiento del vendedor de cuadros. Era un hombre bajo y rechoncho, de rostro colorado y carácter irascible.

-Sí, señor, en mi mismo mostrador -dijo-. No sé para qué pagamos impuestos, si luego cualquier rufián puede entrar y romper las propiedades de uno. Sí, señor, fui yo quien le vendió al doctor Barnicot las dos figuras. ¡Es una vergüenza, señor! Es una campaña nihilista, estoy seguro. Sólo a un anarquista se le ocurriría ir por ahí rompiendo estatuas. Republicanos rojos, eso es lo que son. ¿Que a quién le compré las figuras? ¿Y eso qué tiene que ver? Está bien, si se empeña en saberlo, se las compré a Gelder & Co., de Church Street, Stepney. Una firma muy conocida en el negocio, y desde hace veinte años. ¿Que cuántas compré? Tres..., dos y una son tres..., dos del doctor Barnicot v una que rompieron a plena luz del día en mi propio mostrador... ¿Que si conozco a este hombre de la fotografía? No, no lo conozco. Pero... sí, me parece que sí... ¡Pero si es Beppo! Era una especie de italiano que trabajaba por libre y que hizo algunos trabajos para la tienda. Sabía tallar un poco, dorar un marco, cosas por el estilo. Me dejó la semana pasada y desde entonces no he sabido nada de él. No, no sé de dónde vino ni a dónde fue. Mientras estuvo por aquí no tuve ninguna queja de él. Se marchó dos días antes de que rompieran el busto.

-Bien, eso es todo lo que razonablemente podemos esperar sacar de Morse Hudson -dijo Holmes al salir de la tienda-. Tenemos a este Beppo como factor común, tanto en Kennington como en Kensington, así que no hemos recorrido estas diez millas en vano. Ahora, Watson, vamos a Gelder & Co., de Stepney, la fuente de origen de los bustos. Mucho me extrañaría que no sacásemos algo en limpio de allí.

Cruzamos en rápida sucesión el borde del Londres elegante, el Londres hotelero, el Londres teatral, el Londres literario, el Londres comercial y, por último, el Londres marítimo, hasta llegar a una ciudad de cien mil almas junto al río, en cuyas casas de apartamentos sudan y se sofocan desplazados de toda Europa. Allí, en una amplia avenida donde en otros tiempos residían los comerciantes ricos de la ciudad, encontramos el taller de escultura que íbamos buscando. La parte exterior era un gran patio lleno de piedras monumentales. En el interior había un local muy espacioso, en el que cincuenta operarios se dedicaban a tallar o moldear. El encargado, un alemán rubio y corpulento, nos recibió educadamente y respondió con claridad a todas las preguntas de Holmes. Una consulta a los libros reveló que se habían hecho cientos de escayolas a partir de una reproducción en mármol de la cabeza de Napoleón escupida por Devine, pero que las tres enviadas a Morse Hudson, aproximadamente un año atrás, formaban parte de una partida de seis, y que las otras tres se habían enviado a Harding Brothers, de Kensington. No existía razón alguna para que esas seis fueran diferentes de las demás escayolas. No se le ocurría ningún posible motivo para que alguien quisiera destruirlas..., es más, la idea le daba risa. El precio de venta al por mayor era de seis chelines, pero el minorista podía sacar doce o más. La copia se sacaba en dos moldes, uno de cada lado de la cara, y luego se juntaban los dos perfiles de escayola para formar el busto completo. El trabajo solían realizarlo obreros italianos en el mismo local donde nos encontrábamos. Una vez terminados, los bustos se ponían a secar sobre una mesa en el pasillo, y después se almacenaban. Eso era todo lo que podía decirnos.

Pero la presentación de la fotografía tuvo un notable efecto sobre el encargado. Su cara enrojeció de ira y sus cejas se fruncieron sobre sus azules v teutónicos ojos.

-¡Ah, granuja! -exclamó-. Sí, ya lo creo, le conozco muy bien. Este ha sido siempre un establecimiento respetable, y la única vez que hemos tenido aquí a la policía fue por culpa de este individuo. Eso fue hace más de un año. Apuñaló a otro italiano en la calle, y luego vino al taller con la policía pisándole los talones, y aquí lo detuvieron. Se llamaba Beppo..., nunca supe su apellido. Me está bien empleado por contratar a un tipo con esa cara. Pero era buen trabajador..., uno de los mejores.

-¿Qué le cayó?

-El otro no murió, así que le cayó sólo un año. Seguro que ya está libre. Pero por aquí no se ha atrevido a asomar la nariz. Tenemos aquí a un primo suyo y estoy casi seguro de que él podría decirle por dónde anda.

-No, no -dijo Holmes-. Ni una palabra al primo..., ni una palabra, se lo ruego. Se trata de un asunto muy importante, y cuantos más progresos hago, más importante parece. Cuando consultó usted en el libro la venta de esas escayolas me fijé en que la fecha era el 3 de junio del año pasado. ¿Podría usted decirme en qué fecha fue detenido Beppo.

-Podría decirse aproximadamente consultando los pagos de jornales. Sí -continuó, después de pasar páginas durante un rato-. Recibió su última paga el 20 de mayo.

-Gracias -dijo Holmes-. Creo que ya no necesito seguir abusando de su tiempo y su paciencia.

Con una última advertencia de que no dijera nada de nuestras averiguaciones, nos dirigimos de nuevo hacia el oeste.

Hasta bien avanzada la tarde no pudimos tomar un apresurado almuerzo en un restaurante. A la entrada, el cartelón de un vendedor de periódicos anunciaba: «Atrocidad en Kensington. Asesinado por un loco», y el contenido del periódico demostraba que el señor Horace Harker había conseguido, después de todo, hacer llegar su relato a la imprenta. La narración del incidente, en un estilo sumamente sensacionalista y florido, ocupaba dos columnas. Holmes apoyó el periódico en las vinagreras y lo leyó mientras comíamos. En una o dos ocasiones se rió por lo bajo.

-Esto está muy bien, Watson -dijo-. Escuche esto: «Es un consuelo saber que en este caso no pueden darse disparidades de opiniones, va que tanto el señor Lestrade, uno de los funcionarios más expertos del cuerpo de policía, como el señor Sherlock Holmes, detective particular de fama mundial, han llegado, cada uno por su parte, a la conclusión de que esta grotesca serie de incidentes, que tan trágico desenlace ha tenido, es fruto de la locura y no de un delito premeditado. Sólo la aberración mental puede explicar los hechos.» La prensa, Watson, es una institución valiosísima, si uno sabe cómo utilizarla. Y ahora, si ya ha terminado usted, volveremos a Kensington y veremos lo que tiene que decir sobre el asunto el encargado de Harding Brothers.

El fundador de aquella gran empresa resultó ser un hombrecillo menudo y vivaracho, muy atildado y perspicaz, con la mente clara y la lengua suelta.

-Sí, señor, ya he leído la noticia en los periódicos de la tarde. El señor Horace Harker es cliente nuestro. Le vendimos el busto hace unos meses Adquirimos tres de estos bustos a Gelder & Co., de Stepney, pero ya los hemos vendido todos. ¿A quién? Supongo que si consulto los libros de ventas se lo podré decir sin dificultad. Sí, aquí está apuntado. Uno al señor Harker, como puede ver; otro, al señor Josiah Brown, de Laburnum Lodge, Laburnum Vale, Chiswick, y otro, al señor Sandeford, de Lower Grove Road, Readiag. No, jamás he visto a este hombre de la fotografía. Una cara así no se olvidaría fácilmente, ¿no cree? En mi vida he visto alguien tan feo. ¿Que si tenemos empleados italianos? Pues sí, hay varios entre los obreros y el personal de la limpieza. Supongo que, si se lo propone, cualquiera de ellos podría echar un vistazo a este libro de ventas; no existe ningún motivo para tener el libro vigilado. En fin, este es un asunto muy raro, y confío en que me avise si sus investigaciones dan algún fruto.

Holmes había tomado varias notas durante las declaraciones del señor Harding, y pude darme cuenta de que se sentía plenamente satisfecho con el rumbo que iban tomando los acontecimientos. Sin embargo, no hizo ningún comentario, exceptuando el de que, si no nos dábamos prisa, íbamos a llegar tarde a nuestra cita con Lestrade. Y efectivamente, cuando llegamos a Baker Street, el inspector ya se encontraba allí, dando zancadas de un lado a otro de la habitación, consumido de impaciencia. Su aspecto solemne daba a entender que su jornada de trabajo no había sido infructuosa.

-¿Qué tal? -preguntó-. ¿Ha habido suerte, señor Holmes?

-Hemos tenido un día muy ocupado, pero no todo ha sido tiempo perdido -explicó mi amigo-. Hemos visto a los dos comerciantes, y también a los fabricantes de los bustos. Ahora puedo seguirle la pista a cada uno de los bustos desde el principio.

-¡Los bustos! -exclamó Lestrade-. Bueno, bueno, usted tiene sus propios métodos, señor Sherlock Holmes, y no seré yo quien diga una palabra en contra de ellos, pero me parece que yo he aprovechado la jornada mejor que usted. He identificado al muerto.

-No me diga!

-Y he descubierto un móvil para el crimen. -¡Espléndido!

-Uno de nuestros inspectores está especializado en Saffron Hill y el barrio italiano. Pues bien, el cadáver llevaba colgado del cuello un símbolo católico, y esto, junto con el tono de su piel, me hizo pensar que era latino. El inspector Hill lo identificó nada más verlo. Se llamaba Pietro Venucci, natural de Nápoles, y era uno de los peores asesinos de Londres. Estaba relacionado con la Mafia, que, como usted sabe, es una organización política secreta que impone sus reglas por medio del asesinato. Como ve, las cosas empiezan a aclararse. Lo más probable es que el otro tipo sea también italiano, y miembro de la Mafia. Ha debido romper alguna de sus reglas, y la organización envió a Pietro para ajustarle las cuentas. Es muy posible que la fotografía que encontramos en el bolsillo del muerto sea de nuestro hombre, y que la llevara para asegurarse de que no apuñalaba a otra persona. Pietro va siguiendo al tipo, lo ve meterse en una casa, espera a que salga, y en la pelea que se entabla es él quien recibe una herida mortal. ¿Qué le parece, señor Holmes?

Holmes palmoteó en señal de aprobación.

-¡Excelente, Lestrade, excelente! -exclamó-. Pero no sé si he entendido muy bien su explicación de la destrucción de los bustos.

-¡Los bustos! ¿No hay quien le saque esos bustos de la cabeza? Al fin y al cabo, eso no es nada; hurto menor, seis meses como máximo. Lo que de verdad estamos investigando es el asesinato, y le digo que ya casi tengo todos los hilos en mis manos.

-¿Qué va a hacer a continuación?

-Muy sencillo. Iré con Hill al barrio italiano, encontraremos al hombre de la fotografía, v lo detendremos, acusado de asesinato. ¿Quiere venir con nosotros?

-Creo que no. Me da la impresión de que podemos lograr nuestro objetivo de un modo más sencillo. No puedo estar seguro, porque todo depende..., en fin, depende de un factor que está completamente fuera de nuestro control. Pero tengo grandes esperanzas..., de hecho, podría apostar dos contra uno a que si usted nos acompaña esta noche podré ayudarle a echarle el guante.

-¿En el barrio italiano?

-No; creo que en Chiswick nos será mucho más fácil encontrarlo. Si viene usted conmigo a Chiswick esta noche, Lestrade, le prometo ir mañana con usted al barrio italiano; con ese pequeño retraso no se pierde nada. Y ahora, creo que unas pocas horas de sueño nos vendrían muy bien a todos, porque no pienso salir hasta las once y es poco probable que regresemos antes de que amanezca. Quédese a cenar con nosotros, Lestrade, y después puede echarse en el sofá hasta que llegue la hora de salir. Mientras tanto, Watson, le agradecería que llamase a un mensajero, porque tengo que enviar una carta y es importante que salga cuanto antes.

Holmes se pasó la tarde rebuscando entre los diarios atrasados que llenaban uno de nuestros trasteros. Cuando por fin bajó, sus ojos tenían una expresión de triunfo, pero no nos dijo nada sobre el resultado de sus indagaciones. Por mi parte, yo había seguido paso a paso los métodos con los que habíamos seguido los diversos vericuetos de este complicado caso y, aunque todavía no intuía cuál era nuestro objetivo, me daba perfecta cuenta de que Holmes esperaba que el grotesco criminal intentara apoderarse de los dos bustos que quedaban, uno de los cuales, como yo recordaba, se encontraba en Chiswick. Sin duda, el objeto de nuestro viaje era atraparlo con las manos en la masa, v no podía dejar de admirar la astucia con que mi amigo había insertado una pista falsa en el periódico de la tarde, para que nuestro hombre pensara que podía seguir adelante con su plan impunemente. No me sorprendí cuando Holmes sugirió que llevara mi revólver. Él ya se había equipado con la pesada fusta de caza, que era su arma favorita.

Un coche nos aguardaba a las once en la puerta, y en él llegamos hasta un lugar al otro lado del puente de Hammersmith, donde dijimos al cochero que nos esperara. Una corta caminata nos llevó hasta una calle solitaria, flanqueada por bonitas casas, cada una con su terreno propio. A la luz de una farola leímos «Laburnum Villa» en la entrada de una de ellas. Evidentemente, sus ocupantes se habían retirado a dormir, porque todo estaba oscuro, a excepción de una luz sobre los cristales de la puerta del vestíbulo, que arrojaba un borroso círculo de luz sobre el sendero del jardín. La valla de madera que separaba el jardín de la calle proyectaba una densa sombra negra hacia la parte de dentro, y allí fue donde nos agazapamos.

-Me temo que tendremos que esperar mucho tiempo -susurró Holmes-. Podemos dar gracias al cielo de que no llueva.

No creo que sea prudente fumar para pasar el rato. Sin embargo, hay dos posibilidades contra una de que obtengamos una compensación por tanta molestia.

Sin embargo, nuestra guardia no resultó tan larga como Holmes nos había hecho temer, y terminó de un modo repentino y extraño. En un instante, sin el más ligero ruido que nos advirtiera de su llegada, se abrió la puerta del jardín y por ella entró una figura oscura y atlética, tan rápida y ágil como un mono, que avanzó velozmente por el sendero. La vimos cruzar frente a la luz que salía por encima de la puerta y desaparecer, confundida con la negra sombra de la casa. Hubo una larga pausa, durante la cual estuvimos conteniendo la respiración, y luego llegó a nuestros oídos un crujido muy débil. Estaban abriendo una ventana. El ruido cesó, y de nuevo se produjo un largo silencio. El individuo había entrado en la casa. Vimos el súbito resplandor de una linterna sorda dentro de la habitación. Evidentemente, o que buscaba no estaba allí, porque en seguida vimos el resplandor a través de otra ventana, y después, de otra.

-Acerquémonos a la ventana abierta. Lo atraparemos cuando vuelva a salir -cuchicheó Lestrade.

Pero antes de que pudiéramos hacer un movimiento, el hombre salió de nuevo. Al pasar por el círculo de luz, vimos que llevaba un objeto blanco bajo el brazo. Miró furtivamente a su alrededor, y el silencio de la calle desierta le tranquilizó. Dándonos la espalda, dejó en el suelo su carga, y al instante oímos un golpe seco, seguido por un ruido de rotura. El hombre estaba tan concentrado en lo que hacía que no oyó nuestros pasos, que avanzaban sigilosamente por el césped. Con un salto de tigre, Holmes cavó sobre su espalda, y un segundo después Lestrade y yo lo teníamos agarrado por las muñecas y le habíamos colocado las esposas. Cuando le dimos la vuelta, vimos una cara cetrina v repugnante, que nos miraba temblando de furia, v comprendí que habíamos capturado al hombre de la fotografía.

Pero Holmes no estaba prestando atención a nuestro prisionero. Agachado junto al umbral de la puerta examinaba con la máxima atención el objeto que el hombre había sacado de la casa. Se trataba de un busto de Napoleón, igual al que habíamos visto por la mañana, y roto en fragmentos similares. Con mucho cuidado, Holmes acercó a la luz cada pedazo, pero éstos en nada se diferenciaban de cualquier otro trozo de escayola rota. Acababa de terminar su inspección cuando se encendieron las luces del vestíbulo, se abrió la puerta, y apareció en el umbral el dueño de la casa, un hombre grueso y jovial en mangas de camisa.

-El señor Josiah Brown, supongo -dijo Holmes.

-Sí, señor; y usted, sin duda, es Sherlock Holmes. Recibí la carta que me envió por mensajero, e hice exactamente lo que usted me indicaba. Cerramos todas las puertas por dentro y aguardamos a ver qué ocurría. Vaya, me alegra comprobar que han agarrado a ese granuja. Supongo, caballeros, que entrarán a tomar algo.

Pero Lestrade estaba ansioso por poner a su hombre a buen recaudo, así que a los pocos minutos habíamos hecho venir a nuestro coche y los cuatro íbamos camino de Londres. Nuestro cautivo no dijo una sola palabra; se limitó a mirarnos con furia desde la sombra de sus desgreñados cabellos, y una vez que mi mano le pareció a su alcance, le lanzó un mordisco como un lobo hambriento. Nos quedamos en la comisaría el tiempo suficiente para enterarnos de que, al registrar sus ropas, no se había encontrado nada más que unos pocos chelines y una enorme navaja, en cuyas cachas se veían abundantes huellas de sangre reciente.

-Esto va bien -dijo Lestrade al despedirnos-. Hill conoce a toda esta gente y sabrá cómo se llama. Ya verá usted cómo mi teoría de la Mafia resulta cierta. Pero, desde luego, le estoy agradecidísimo, señor Holmes, por la manera tan profesional con que le ha echado el guante. Todavía no lo comprendo bien todo.

-Me temo que es muy tarde para explicaciones -dijo Holmes-. Además, aún quedan uno o dos detalles por aclarar, y este es uno de los casos que vale la pena apurar hasta el final. Si se pasa una vez más por mis aposentos mañana a las seis, creo que podré demostrarle que aún no ha captado usted todo el significado de este asunto, que presenta algunos aspectos que lo convierten en un caso absolutamente original en la historia del crimen. Si alguna vez le autorizo a escribir más crónicas de mis pequeños problemas, Watson, estoy seguro de que el relato de la singular aventura de los bustos de Napoleón animará considerablemente sus páginas.

Cuando volvimos a reunirnos a la tarde siguiente, Lestrade venía provisto de abundante información acerca de nuestro detenido. Al parecer, se llamaba Beppo, de apellido desconocido. Era un truhán bastante conocido en la colonia italiana. En otros tiempos había sido un hábil escultor que se ganaba honradamente la vida, pero se había torcido por el mal camino y ya había estado dos veces en la cárcel; una por hurto y la otra, como ya sabíamos, por apuñalar a un compatriota. Hablaba inglés a la perfección. Todavía se ignoraban los motivos que le impulsaban a destrozar los bustos, y se negaba a responder a cualquier pregunta sobre el tema; pero la policía había descubierto que era muy probable que los bustos hubieran sido hechos por sus propias manos, ya que había realizado trabajos de este tipo en el establecimiento de Gelder & Co. Holmes escuchó con atención y cortesía toda esta información, gran parte de la cual ya conocíamos, pero yo, que le conocía bien, me daba perfecta cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte, y detecté una mezcla de desasosiego e impaciencia bajo la máscara que asumía de manera habitual. Por fin, se levantó de su asiento con los ojos chispeantes. Había sonado la campanilla de la puerta. Un minuto después, oímos pasos en la escalera, v al momento penetró en la habitación un hombre ya mayor, de rostro sonrosado y patillas entrecanas. Llevaba en la mano derecha una anticuada bolsa de viaje, que depositó sobre la mesa.

-¿Está aquí el señor Sherlock Holmes?

Mi amigo hizo una inclinación de cabeza y sonrió. -El señor Sandeford, de Reading, ¿verdad? -dijo.

-Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero los trenes han sido un desastre. Me escribió usted acerca de un busto que obra en mi posesión.

-Exacto.

-Tengo aquí su carta. Dice usted: «Deseo obtener una copia del Napoleón de Devine, y estoy dispuesto a pagarle diez libras por la que usted posee.» ¿Es así?

-Desde luego.

-Me sorprendió mucho su carta, porque no puedo imaginar cómo se enteró usted de que yo poseía semejante objeto. -Es natural que le haya sorprendido, pero la explicación es muy sencilla. El señor Harding, de Harding Brothers, me dijo que le había vendido a usted el último ejemplar v me dio su dirección.

-Ah, ¿con que fue así? ¿Le dijo lo que pagué por él?

-No, no me lo dijo.

-Mire, yo soy un hombre honrado, aunque no sea muy rico.

Sólo pagué quince chelines por el busto, y creo que tiene usted derecho a saberlo antes de que yo acepte sus diez libras.

-Sus escrúpulos le honran, señor Sandeford, pero yo ofrecí ese precio y estoy dispuesto a mantenerlo.

-Vaya, es usted muy espléndido, señor Holmes. He traído el busto, como usted me pedía. Aquí lo tiene.

Abrió la bolsa y, por fin, vimos sobre nuestra mesa un ejemplar completo de aquel busto que ya habíamos contemplado más de una vez hecho pedazos.

Holmes sacó un papel del bolsillo y puso un billete de diez libras sobre la mesa.

-Haga usted el favor de firmar este papel, señor Sandeford, en presencia de estos testigos. Es una simple declaración de que me transfiere a mí todos los derechos que haya podido tener sobre este busto. Soy un hombre metódico, ¿sabe usted?, y nunca se sabe qué giro pueden tomar las cosas más adelante. Muchas gracias, señor Sandeford; aquí tiene su dinero, y le deseo muy buenas tardes.

Cuando nuestro visitante hubo desaparecido, Sherlock Holmes inició una serie de movimientos que nosotros seguimos fascinados. Comenzó por sacar de un cajón un mantel blanco y limpio, y extenderlo sobre la mesa. A continuación, colocó el recién adquirido busto en el centro del mantel. Por último, tomó su fusta de caza y asestó con ella un fuerte golpe en la cabeza de Napoleón. La figura se rompió en pedazos, y Holmes se inclinó ansioso sobre los destrozados restos. Al instante, con un fuerte grito de triunfo, levantó un fragmento que llevaba pegado un objeto redondo y oscuro, como si fuera una ciruela en un pastel.

-Caballeros -exclamó-, permítanme que les presente la famosa perla' negra de los Borgia.

Lestrade y yo nos quedamos callados por un momento, y luego, con una reacción espontánea, estallamos en aplausos como si estuviéramos presenciando el elaborado desenlace de una obra dramática. Un súbito rubor asomó en las pálidas mejillas de Holmes, que se inclinó ante nosotros como un dramaturgo que recibe el homenaje de su público. En momentos como aquél, Holmes dejaba por un momento de ser una máquina de razonar y sucumbía a la debilidad humana por la admiración y el aplauso. Aquel personaje tan peculiarmente orgulloso y reservado, que rechazaba con desprecio la notoriedad pública, era capaz de conmoverse hasta las entrañas ante la admiración y los elogios espontáneos de un amigo.

-Sí, caballeros -continuó-. Esta es la perla más famosa que existe hoy día en todo el mundo y, mediante una cadena continua de razonamientos inductivos, he tenido la suerte de poder seguir su pista desde la alcoba del príncipe Colonna, en el hotel Dacre, donde fue robada, hasta el interior de éste, el último de los seis bustos de Napoleón fabricados por Gelder & Co., de Stepney. Seguro que usted, Lestrade, se acuerda de la sensación que causó la desaparición de esta valiosa joya, y de los vanos esfuerzos de la policía de Londres por recuperarla. Yo mismo fui consultado al respecto, pero no conseguí arrojar ninguna luz sobre el caso. Las sospechas recayeron sobre la doncella de la princesa, que era italiana, y se supo que tenía un hermano en Londres, pero no se pudo demostrar que existiera ningún contacto entre ellos. La doncella se llama Lucrezia Venucci, y no me cabe la menor duda de que ese Prieto que fue asesinado hace dos noches era el hermano. He estado consultando las fechas en los viejos archivos de prensa, y he comprobado que la desaparición de la perla se produjo exactamente dos días antes de la detención de Beppo por una agresión violenta..., detención que tuvo lugar en la fábrica de Gelder & Co., en el mismo momento en que se estaban fabricando estos bustos. Ahora ya pueden ver con toda claridad la secuencia de los hechos, aunque, por supuesto, los contemplan en el orden inverso al que se me fueron presentando a mí. Beppo tenía en su poder la perla. Tal vez se la robó a Pietro, tal vez fuera cómplice de Pietro, incluso es posible que actuara de intermediario entre Pietro y su hermana. La verdadera situación no tiene demasiada importancia para nosotros.

»Lo importante es que él tenía la perla, y que la llevaba encima en aquel momento, cuando le perseguía la policía. Se dirigió a la fábrica en la que trabajaba, y sabía que disponía sólo de unos pocos minutos para ocultar este valiosísimo botín, que de otro modo sería descubierto cuando le registraran. En el pasillo había seis Napoleones de escayola secándose. Uno de ellos aún estaba blanco. En un instante, Beppo, que era un trabajador muy hábil, hizo un agujerito en el yeso húmedo, metió en él la perla y, con unos pocos toques, tapó de nuevo la abertura. El escondrijo era perfecto: nadie podría descubrirlo. Pero Beppo fue condenado a un año de cárcel y, mientras tanto, los seis bustos quedaron desperdigados por Londres. Era imposible saber cuál de ellos contenía el tesoro; sólo rompiéndolos podía averiguarlo. Ni siquiera sacudiéndolos podía descubrir nada, porque como el yeso estaba húmedo, lo más probable

era que la perla hubiera quedado adherida a él..., como, efectivamente, ha sucedido. Beppo no se dio por vencido, v llevó a cabo su investigación con considerable ingenio y perseverancia. Por medio de un primo que trabaja en Gelder, se informó de los minoristas que habían adquirido los bustos. Se las arregló para conseguir trabajo en Morse Hudson, y de este modo siguió la pista a tres de ellos. La perla no estaba en ninguno. Entonces, con ayuda de algún empleado italiano, logró averiguar dónde habían ido a parar los otros tres bustos. El primero estaba en casa de Harker. Allí fue acosado por su compinche, que consideraba a Beppo responsable de la Pérdida de la perla, y en el forcejeo que se produjo a continuación Beppo lo apuñaló.

-Si Pietro era su cómplice, ¿para qué llevaba la fotografía? -pregunté yo.

-Para seguirle la pista si tenía necesidad de preguntar por él a terceras personas. Es la explicación más obvia. Pues bien, después del asesinato, me figuré que lo más probable sería que Beppo apresurara sus acciones, en lugar de proceder despacio. Tendría miedo de que la policía averiguase su secreto, así que se daría prisa antes de que le tomaran la delantera. Por supuesto, yo no podía saber si había encontrado o no la perla en el busto de Harker. Ni siquiera estaba seguro de que se tratara de la perla; pero era evidente que andaba buscando algo, puesto que se llevó el busto a varias casas de distancia, para romperlo en un jardín que tuviera una farola al lado. Puesto que el busto de Harker era uno de los tres que quedaban, las posibilidades eran exactamente las que yo les dije: dos contra uno a que la perla no se encontraba allí. Quedaban dos bustos, y lo natural era que fuera primero a por el de Londres. Avisé a los habitantes de la casa, con el fin de evitar una segunda tragedia, v allá fuimos nosotros, con magníficos resultados. Pero entonces, desde luego, yo ya estaba seguro de que andábamos detrás de la perla de los Borgia. El apellido del hombre asesinado conectaba un caso con el otro. Sólo quedaba ya un busto, el de Reading, y en él tenía que estar la perla. Se lo compré a su propietario en presencia de ustedes, y ahí lo tienen.

Permanecimos unos momentos sentados en silencio. Al fin, Lestrade dijo:

-Bueno, Holmes, le he visto manejar un buen número de casos, pero no creo haber visto jamás uno tan bien llevado como éste. No tenemos celos de usted en Scotland Yard; no, señor, nos sentimos orgullosos de usted, y si se pasa por allí mañana, no habrá un solo hombre, desde el inspector más viejo al guardia más joven, que no se alegre de estrecharle la mano.

-Gracias -dijo Holmes-. Gracias.

Y mientras se volvía de espaldas, me pareció que jamás le había visto tan cerca de dejarse llevar por las más tiernas emociones. Pero un instante después, volvía a ser el pensador frío y práctico de siempre.

-Ponga la perla en la caja fuerte, Watson -dijo-, y saque los papeles del caso de falsificación de Conk-Singleton. Adiós, Lestrade. Si tiene algún problemilla, le haré encantado, si me

es posible, una o dos sugerencias que le ayuden a solucionarlo.